

DIEGO COBO

CONCORD 1845

UN PASEO CON EMERSON Y THOREAU



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 61

© Del texto, Diego Cobo, 2026

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo, 2026

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Fotografía de cubierta: *Laguna de Walden revisitada*, 1932/1933 (óleo sobre lienzo), Wyeth, Newell Convers. © Brandywine River Museum of Art / Bequest of Carolyn Wyeth, 1996 / Bridgeman Images

ISBN: 979-13-87624-44-6

Thema: DSBF, DNBL

Depósito legal: M-3202-2026

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

1. LLEGAR A CONCORD	11
2. UNA ALDEA CENTENARIA	25
Bush, al calor del sabio	27
The Old Manse, el regreso a las raíces	38
Battle Road, el camino a la libertad	48
Ecos de la guerra en el Colonial Inn	57
Un insospechado bastión activista	59
El río Concord o las aguas subterráneas de uno mismo	78
La laguna de Walden, icono salvaje de la libertad	86
Orchard House, un dulce hogar para las «mujercitas»	97
3. LAS UTOPIÁS	109
Brook Farm, ¿una prisión un poco más grande?	110
Fruitlands, el enésimo «asalto» de Bronson Alcott	117
4. CIUDADES RADAR	125
Plymouth en el corazón de un hombre (y de un país)	131
Cape Cod, rumbo al puño arenoso	136
Boston, sucursal trascendentalista en la ciudad	142
5. LA ÚLTIMA COSECHA	163
Proyectos locales: la reivindicación de las riquezas	167
El fin de una época	176
6. TRASCENDENTALISMO: UN LEGADO PARA ESTOS TIEMPOS	181
BIBLIOGRAFÍA	191

Emprender una vida auténtica es como viajar a un país lejano e irnos encontrando progresivamente con nuevos paisajes y hombres.

HENRY DAVID THOREAU

Llegar a Concord

Me gusta llegar a Concord en tren. Un revisor de traje planchado y gorra hundida hasta las sienes pica el billete, lo encaja sobre el respaldo de piel y continúa deslizándose por un vagón con aroma al pasado. Es entonces cuando uno, mecido por el somnoliento traqueteo de las vías, puede incrustar su mirada al otro lado del cristal hasta alcanzar el destino.

¿Existirá?

El punto de partida es la North Station de Boston, cuyas venas de hierro esparcen un ejército de glóbulos rojos, aunque el tren de la línea Fitchburg, que se detiene en Concord cuarenta minutos después, además de oxigenar las estaciones en torno a la capital de Massachusetts, es un corazón que bombea los anhelos del peregrino. Porque esta es la secuencia de un peregrinaje a Concord: el bullicioso vestíbulo de la estación, la voz amplificadora que anuncia las vías, las dentelladas de frío o calor sofocante en los andenes, el revisor de gorra ferroviaria que sube y baja por los vagones y el paisaje, casi mitológico, que va desfilando ante los ojos hambrientos del viajero.

Por esa razón, y por tantas otras, me gusta llegar en tren hasta la misma orilla de un río que los nativos llamaban Musketaquid: cuando uno ama tanto un lugar y su pasado, ese lugar y su pasado respiran

a través de uno, o uno a través de él. Y, cuando uno lo ama tanto y prefiere llegar en tren y no a través de carreteras congestionadas, uno acaba musitando, junto al revisor, las diez estaciones que va proclamando en voz alta. En una ocasión a bordo del Commuter Rail, el hombre gritó «Waltham» y yo escuché «Walden», como si la laguna más universal del Estado tuviera su propia parada. Aún estábamos a mitad de camino y mi cuerpo, muy impaciente, se atornilló al asiento veinte minutos más. Poco después, el revisor aulló «Concord» como primero había hecho con Lincoln, sacudiendo la pierna de nervios, con la misma indiferencia con la que había anunciado que el tren se detenía en Waverley, Belmont o había regañado a unos muchachos que llevaban bicicletas. Si yo fuera supervisor de tren en la línea Fitchburg y anunciara «Concord», gritaría a los cuatro vientos que la próxima estación es «el lugar más estimable del mundo», vientre de sabiduría, pistilo de la historia. Me dejaría la voz en decir que aquí está todo lo que el ser humano busca. Pero este milagro de la historia tan revelador como la Academia de Atenas y, sin embargo, más disimulado, parece reservado al ojo que busca la verdad en las profundidades de sí mismo, como hicieron esos ilustres personajes que la habitaron a mediados del siglo XIX.

En Estados Unidos hay muchas North Station y varios Concord: en Nuevo Hampshire, en California, en Massachusetts. En Estados Unidos también existen miles de líneas ferroviarias, y lo que ha sucedido en cada una de esas poblaciones desbordaría los afluentes de la historia. Quiere el destino, sin

embargo, que algunos lugares experimenten períodos tan excepcionales que su importancia no pueda abarcarse hasta mucho tiempo después. No es que Concord, un plácido poblado a veinticinco kilómetros de Boston, se camufle entre el polvo y el olvido. Pero las vidas y las palabras exhaladas aquí mantienen los enigmas de siempre, y hasta sus farolas emiten una luz tenue a modo de alegoría. Eso es lo que más me gusta de este útero en el que germinaron, entre el silencio y muchos gritos, grandes seres humanos: que sin mostrar enseñan, sin alumbrar guían, sin deslumbrar iluminan. Como las viejas enseñanzas evangélicas, quienes tengan ojos que vean, quienes tengan oídos que oigan. Y bajo estos cielos y la húmeda neblina del atardecer, en Concord todo es de esa naturalezaazonada por el canto de los grillos y una lluvia que, al salir a mojarme, primero se anuncia en las hojas de los robles, luego cae en los párpados y después en el corazón.

*

Esta historia comienza en 1835, cuando Ralph Waldo Emerson, un pastor protestante desengañado, compró una casa entre los arroyos, praderas y bosques de Concord. Aquel joven que ahora recorría Massachusetts impartiendo conferencias comenzaba una segunda existencia en la tierra de sus antepasados. Pero antes tenía que rasgar definitivamente sus costuras: la muerte de su esposa cuatro años antes le había sumergido en una crisis que lo llevó a abandonar el púlpito. El dolor desgarrador, más que apagar su fe, lo siguió encauzando. «¿No sería mejor

un paganismo socrático que un cristianismo decadente y anticuado?», se preguntaba por entonces en su diario. Era la comprensión definitiva de que Dios latía en todo, como tiempo después escribió en *Leyes Espirituales*: «Oh, hermanos míos, Dios existe. Hay un alma en el centro de la naturaleza y sobre la voluntad de cada hombre. Hay una guía para cada uno de nosotros y, escuchando humildemente, oiremos la palabra correcta».

Al instalarse en Concord junto con su madre y su esposa Lidian, Emerson no se había convertido aún en el ilustre filósofo que todo el país acabó respetando. Pero la originalidad de sus pensamientos, su oratoria deslumbrante, su fuerza espiritual y el anhelo de trascenderse a sí mismo («Quédate conmigo y guíame hacia arriba», había escrito al morir Ellen, su primer amor) ya señalaban su rumbo. Concord, claro, era el lugar idóneo para seguir su viaje. Quería vivir plácidamente en el campo, sí, pero sobre todo pretendía reunir en esta aldea de granjeros y agricultores de apenas 2000 habitantes a un grupo de «espíritus sabios y queridos». Y de alguna manera lo consiguió, pues a su traslado y a la publicación de *Naturaleza*, el libro más influyente del trascendentalismo, le siguieron varias mudanzas más.

Durante los primeros balbuceos de los años cuarenta, Concord hervía en sabiduría. La escritora Margaret Fuller empezó a pasar temporadas en casa de los Emerson, mientras que Bronson Alcott arrastró aquí a su familia de *mujercitas*, aunque luego se fueron, regresaron más tarde, se marcharon de nuevo y volvieron otra vez. Tanto Fuller como Alcott

admiraban al filósofo, y ambos se acabaron convirtiendo en sus grandes aliados. Nathaniel Hawthorne o Ellery Channing también siguieron su estela y se instalaron en Concord. Henry David Thoreau, por su parte, no tuvo que trasladarse para libar la sabiduría de Emerson, pues fue uno de los pocos «espíritus sabios y queridos» germinados en Concord. Tampoco se movió demasiado de su pueblo natal: en una carta a Lidian Emerson, le confesó que llevaba el suelo de Concord en sus botas y en el sombrero. «¿Y acaso no estoy hecho del polvo de Concord?», se reafirmaba desde Staten Island, Nueva York, en una de las pocas temporadas que pasó fuera de su aldea. Pero su aldea nunca estuvo fuera de él: «Mis pensamientos vuelven a esas queridas colinas y a ese río que llena el mundo hasta el borde». Concord le ardía tanto en su interior que, si el aire silbaba desde el océano, sus oídos escuchaban el viento de Walden, la icónica laguna de Concord. Y su río, y sus bosques, y sus colinas.

No siempre fue así: cuando la juventud aún le exprimía deseos terrenales como buscar el éxito literario, Thoreau intentó marcharse de aquí. Y, aunque Concord no tenga siete colinas pero las viñas sí se enrosquen a los árboles, como narraba Virgilio en sus *Geórgicas*, finalmente no tuvo más remedio que rendirse a los pies de su propia Roma. En Concord estaba todo por hacer, y deshacerse a sí mismo era el principio.

*

En estos campos se libró la primera batalla de la guerra de independencia después de que las tropas británicas avanzaran desde Boston y se enzarzaran,

un día de abril de 1775, en una lucha contra los insurgentes. Al encontronazo entre patriotas y soldados británicos le sucedieron ocho años de conflicto que acabarían, por fin, con el largo dominio de la metrópoli. Emerson escribió años más tarde que el primer disparo de aquella refriega «se escuchó en todo el mundo», y el inicio de la revolución estadounidense tuvo su eco dos generaciones después y en los mismos campos de batalla, como Arjuna en Kurukshetra, en la revolución trascendentalista. José Martí creía que Concord estaba hecho con el hierro de esa primera bala que alguien —no se sabe quién— disparó, y es ese material duro, maleable y magnético el que sigue definiendo Concord. Cuando el *New York Times* se interesó en el 200 aniversario de la batalla, a su reportero le sorprendió la íntima relación de la aldea con un episodio ocurrido tanto tiempo atrás. Pero también le fascinó el otro gran acontecimiento de su pasado, es decir, esa «gloria literaria inigualable por ningún otro pequeño pueblo en el mundo».

¡En el mundo!

Emerson lo sabía: antes de que los años desenrollaran su guion, él se descolgó por las ramas del árbol genealógico, regresó a la tierra en la que había luchado su abuelo y nacido su padre, y siguió tallándose a sí mismo entre bosques, libros y un retén de ilustres vecinos. La sustancia que se exportó al mundo se conoció como «trascendentalismo» y su primera destilación surgió durante una reunión en Cambridge, una pequeña ciudad universitaria junto a Boston que alberga Harvard y el MIT, entre otras universidades. El 8 de septiembre de 1836 fue

el primero de los encuentros formales entre Emerson, Frederic Henry Hedge, George Ripley y George Putnam; a las siguientes reuniones en Cambridge y Boston se unieron Bronson Alcott, Caroline Sturgis, Orestes Brownson o Theodore Parker, aunque más tarde, ya en casa de Emerson en Concord, el Club Trascendental se amplió con Margaret Fuller, Henry Thoreau, Sophia Peabody o, qué sé yo, Edmund Hosmer, quienes además de desafiar convenciones sociales y explorar su propia naturaleza, ya habían roído los huesos literarios del movimiento, como *Naturaleza*, de Emerson, o *New Views of Christianity, Society, and the Church*, de Brownson.

Un hilo sinuoso enhebra la biografía de todos ellos. Emerson estudió en la Universidad de Harvard y conservó los amigos durante el resto de su vida. Luego conoció a Bronson Alcott y Margaret Fuller, que trabajaron junto a la pedagoga Elizabeth Peabody, amiga de Emerson desde los primeros años veinte. A Peabody, por su parte, le influyó el doctor William Ellery Channing, pastor del unitarismo, aquella religión que impulsó a Emerson hacia el trascendentalismo. La librería de Elizabeth Peabody en Boston fue punto de encuentro trascendentalista, y allí nació Brook Farm, una de las experiencias utópicas más importantes del país. Richard, hermano de Margaret Fuller, fue compañero de excursiones de Thoreau mientras que Sophia, hermana de Elizabeth y Mary Tyler Peabody, esposa del reformista Horace Mann, se casó con Nathaniel Hawthorne, maestro literario de Herman Melville, amigo de Henry James. El padre de Henry James, por su parte, fue íntimo de

Emerson y del doctor Channing, que además de ser amigo de Emerson, era tío del poeta Ellery Channing, íntimo de Thoreau y esposo de Ellen Fuller, hermana de Margaret y Richard.

Algunos de ellos vivieron en Concord por un tiempo: días, semanas, algún mes. Otros, casi siempre. Pero todos pasaron por aquí.

Los trascendentalistas tuvieron sus sueños, sus problemas, sus maravillas y *The Dial*, una revista trimestral que, entre 1840 y 1844, albergó poemas y ensayos y cuya onda expansiva cruzó el océano y los siglos. Algo sucedía en Concord. ¿Qué era? En una conferencia en el Templo Masónico de Boston, Emerson lo definió así:

Lo que se llama popularmente Trascendentalismo entre nosotros es Idealismo; el Idealismo tal y como se manifiesta en 1842. Como pensadores, los seres humanos se han dividido siempre en dos sectas: Materialistas e Idealistas. Los primeros se han basado en la experiencia; los segundos, en la conciencia; los primeros han tomado como punto de partida de su pensamiento los datos de los sentidos; los segundos, la percepción de que los sentidos no tienen carácter definitivo, de que nos dan las representaciones de las cosas, pero ningún dato fidedigno acerca de qué sean las cosas en sí. El materialista insiste en los hechos, en la historia, en la fuerza de las circunstancias y en los deseos animales del hombre; el idealista, en el poder del Pensamiento y de la Voluntad, en la inspiración, en el milagro, en la cultura individual. Ambas

formas de pensar son naturales, pero el idealista mantiene que su modo de pensamiento lo es de una naturaleza más alta.

Puede que Concord no rebosara de cientos de idealistas, aunque en sus *Memories of Concord*, Mary Hosmer Brown, nieta de uno de los granjeros —y amigo de Emerson— más ilustres, reconociera que Concord «tenía su cuota de gente excéntrica»; un número suficiente como para que el pulso trascendentalista encauzara las arritmias sociales. Elizabeth Peabody se refería a esta aldea como «Monte de la Transfiguración», así que tampoco resulta extraño que un goteo de admiradores, filósofos, escritores o editores siguieran sus señales hasta llegar a casa de Emerson. Cansada del trajín y de la excesiva amabilidad del anfitrión, incapaz de espantar a quienes llegaban hasta él, la cocinera colgó un cartel en una de las puertas: «Esta casa no es un hotel». Otros enviaban sus cartas, como su amigo Thomas Carlyle, o poemas, como el racimo de versos que aparecieron en la oficina postal a nombre de Emerson. En el frontispicio de aquel libro anónimo aparecía el retrato de un hombre con sombrero y barba espesa, y una pista entremezclada en uno de los poemas: «Soy Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan». Era la primera edición de *Hojas de hierba*.

*

Al perderme por Concord y sus bosques, me sumerjo en sus días pasados. En casa de los Alcott veo a Louisa May escribiendo *Mujercitas* en su pupitre de media luna. Cuando me zambullo en Walden, bebo

de sus aguas sagradas, aunque en invierno me conforme con rodear la laguna y no me canse de mirarla y de adorarla; al sentarme junto a la tumba de Emerson en Sleepy Hollow y observar a las ardillas comisqueando bellotas, un silencio penetrante, como la gota que retumba en una cueva, se adueña de mí: es lo que sucede cuando aquellos días se leen en los posos de uno mismo. Y si, además, las piernas de uno se lanzan por los mismos caminos y los ojos ven los mismos bosques, y el corazón mueve el mismo universo, ese silencio frondoso, más que adueñarse de mí, acaba atravesando a cualquiera.

Hay quienes siguen huellas imaginarias de la Academia de Platón en Atenas o escenarios enigmáticos de la *Ilíada*. A veces ni siquiera existen esos lugares o su testimonio es una pequeña cicatriz en la que volcar la imaginación. Emma Goldman se detuvo en Concord, «el hogar de la antigua cumbre cultural de América», de camino a su casa de Nueva York en 1916. La activista recorrió el pueblo, visitó a Franklin Sanborn, un impenitente abolicionista y profesor que había caminado de Cambridge a Concord en sus tiempos universitarios para conocer a Emerson, y había escrito la biografía de Alcott o Thoreau, y conoció a varios vecinos. Pero no halló rastro de la literatura y filosofía trascendentalista en sus calles, así que sus expectativas se desinflaron súbitamente. El pasado solo se reflejaba en el museo, en varias casas en pie y en el cementerio. En ningún sitio más. «La realidad presente», escribió en *Viviendo mi vida*, su autobiografía, «era más fantasmal que los muertos». Yo no lo vivo así. Es cierto que muchos vecinos

(¿la mayoría?) respiran ajenos a la literatura y la filosofía, y que en esta «realidad presente» abundan más oficinas inmobiliarias que librerías. A cambio, aquí siguen llegando miles de peregrinos, las casas de los escritores están abiertas al público después de esfuerzos conservacionistas, han surgido varias organizaciones y se realizan excursiones, actividades o encuentros que miman un ya mítico legado.

Concord no ha dejado de expandirse desde que los primeros colonos se instalaron, a comienzos del siglo xvii, en unas fértiles llanuras habitadas por indios algonquinos. La vegetación aún tapizaba la región, aunque la ganadería, la agricultura, el avance del ferrocarril, las viviendas y la industria fueron impulsando talas masivas. Se calcula que, hacia mitad del siglo xix, Concord apenas se vestía con una décima parte de los árboles que había dos siglos antes. El inmenso océano verde o tostado o desnudo se fue reduciendo y dando paso al drenaje de pantanos para ampliar los campos de cultivos, pero no todo el mundo aplaudía ese progreso: en apenas unas décadas, la ciudad se transformó en una sucesión de edificios impecables, comercios y árboles. Así que en 1846, al tiempo que Concord vivía su esplendor literario, aquellos fresnos, arces y olmos sembrados dos décadas antes por la *Ornamental Tree Society*, ya habían hinchado sus copas. El ombligo urbano lucía distinto. En la calle principal había una tienda que vendía café, té y azúcar de oriente, una asesoría en leyes, un negocio de herraduras para bueyes y caballos, una tienda de novias —«como las abejas», decía su publicidad, «prepárese para un largo y frío

invierno»— y otra de trineos. También había un almacén de muebles, armerías, bancos, médicos o dentistas que se anunciaban en el semanario *Concord Freeman*, además de fábricas de sombreros, de ladrillos, de zapatos y de jabón. Concord se renovaba por fuera, aunque la mayor renovación llevaba tiempo cociéndose en su interior.

A principios del siglo XIX, Estados Unidos era una hoja en blanco que se había ido manchando (guerras, esclavitud, matanzas a los nativos) al tiempo que brotaban nobles propósitos. Un maestro de escuela que soñaba con acercar ciencia y conocimiento, por ejemplo, deambuló por ciudades y tejió una red de liceos siguiendo la estela de la escuela de Aristóteles. Allí se programarían debates y conferencias que servirían a los vecinos para ampliar sus conocimientos y enriquecer a la comunidad. El proyecto de Josiah Holbrook desembocó en Concord en 1828 y, además de servir como altavoz a las inquietudes de ilustres personajes, el liceo local se convirtió en uno de los más activos entre los 3000 que llegaron a existir en toda la nación. El de Concord no fue la única contribución moral a la pequeña aldea de agricultores. La academia en la que se formaban los alumnos antes de ir a Harvard se había inaugurado en 1822, dos décadas antes de que Emerson y Thoreau impulsaran el ateneo local. En Concord también aparecieron la Female Antislavery Society, la Young Men's Society for Mutual Improvement —una sucursal de la Massachusetts Society for the Prevention of Cruelty to Animals—, la Society for the Suppresion of Intemperance, la Female Charitable Society e incluso

la Mozart Society. Muchas mujeres, las Alcott, las Thoreau, las Emerson o las primeras feministas encabezadas por Margaret Fuller encontraron aquí el sumidero por el que escurrirse de las expectativas sociales. Aunque antes de que el trascendentalismo aterrizara aquí junto a Emerson, ya había mujeres en Concord que estaban leyendo a Eurípides en griego. Fueron pioneras en la lucha por la igualdad.

*

Esta hoya de activistas, literatos, feministas, místicos, rebeldes y naturalistas es hoy un pueblo de algo más de 16 000 habitantes, varias escuelas públicas y algún colegio privado que forma a élites de Nueva Inglaterra. En estas tierras sigue habiendo granjas, lagunas, prados muy verdes, 20 000 árboles que sombrean las aceras y unas viviendas cuyos precios doblan el promedio de Massachusetts y multiplican por cuatro la media nacional. Su calle principal, como todas las calles principales, se llama Main Street; una lengua de asfalto a cuyos bordes se anclan oficinas inmobiliarias, el restaurante Helen's refrescado por gélidas bocanadas de aire acondicionado, el Bank of America, una tienda de cosmética y otra con nombre de saltamontes, la librería más grande de Concord con su estantería de autores locales, algún café, tiendas de ropa y recovecos donde se esconden comercios y una librería que vende viejos libros trascendentalistas cubiertos de polvo. Main Street es, en fin, una calle de edificios de ladrillo y columnas blancas que primero atraviesa el centro, y luego deja de lado la biblioteca pública, casas y

arboledas hasta desembocar, algún kilómetro más allá, en West Concord.

Si a mí me gusta llegar a Concord en tren aunque el revisor lo anuncie con la misma indiferencia con la que grita «Lincoln», «Kendal Green» y «Waverley», o regaña a unos muchachos con bicicleta es porque aquí reverbera, y mucho, lo único que *es*, aunque pueda sonar ajeno: ya pueden enrojecer los arcos hasta la última consecuencia y las estrellas hincharse hasta reventar que los conductores frente a la casa de Emerson seguirán, impasibles, rumbo a Waltham y Lowell y no hacia ellos mismos. Así que si yo fuera revisor y el tren se acercara a la aldea trascendentalista, lo proclamaría de tal manera que los pasajeros me mirarían como a uno de esos predicadores acalambrados que alborotan las calles. Concord tiene un fragor místico y grandioso: los sueños pendientes de la humanidad —la llave a uno mismo— rompen en esta orilla. «Nunca me ha dejado de sorprender», anotó Thoreau en su diario, «el hecho de haber nacido en el lugar más estimable del mundo. Y en el mejor momento».

Llegar aquí es muy fácil, aunque para poner rumbo a Emerson, Elizabeth Hoar, Thoreau o Alcott, y bucear en Walden o en las venas de Concord, antes que introducir diez dólares en una máquina de North Station y subirse al tren, tienen que descarriar los vagones de nuestra propia identidad personal. Emerson, consciente del alto precio de quemarse en su desarrollo espiritual, como una polilla buscando la luz, alguna vez se lo recordó a sí mismo: «No puede haber grandeza sin abandono».